

# Emoción

Por Eduardo J. Padrón, Presidente del Miami-Dade College



**D**urante la niñez quién no experimentó, alguna vez, el desasosiego de perder de vista a su mamá o su papá en algún sitio específico y pensar que estábamos perdidos, sin la insustituible protección que la familia dispensa.

Escucharlos, saber que están ahí velando por nosotros, atentos a nuestros más mínimos reclamos, es una de las satisfacciones más gratas de la vida. Esa suerte de estado de gracia vinculada a la niñez y luego a la adolescencia se extiende después a la vida adulta porque para los padres uno sigue siendo sencillamente aquel hijo necesitado de cobijo.

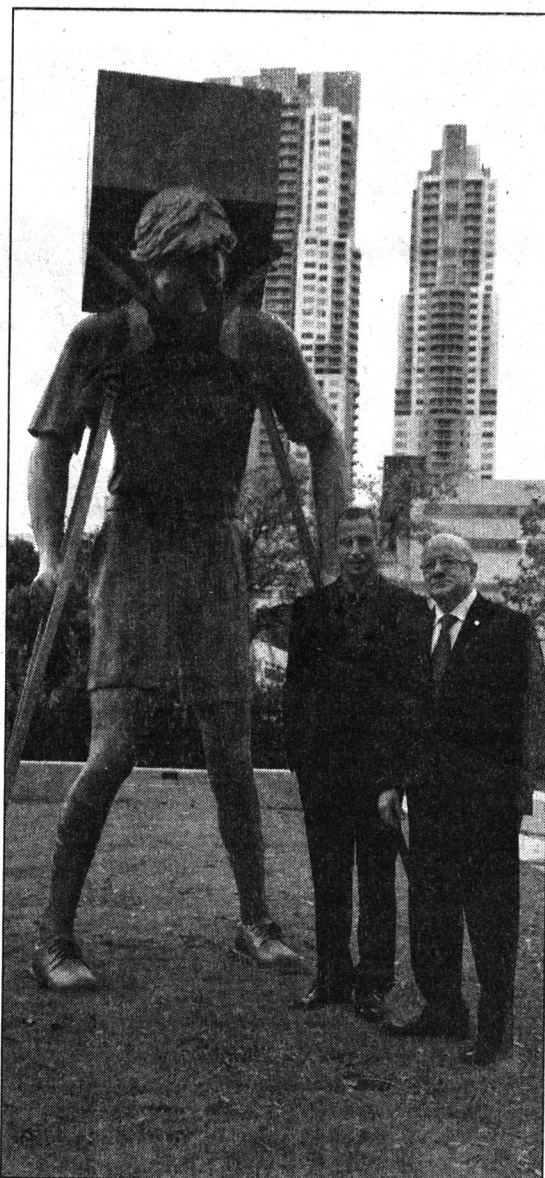
La pasada semana todas estos recuerdos se me fueron agolpando en el pecho, en el corazón, específicamente, cuando debí develar, junto al artista Enrique Martínez Celaya su escultura *The Tower of Snow*, (La Torre de Nieve), al cruzar la calle que da acceso directo a otra Torre, la de la Libertad, en pleno downtown de Miami.

La obra de arte, que representa un niño haciendo el esfuerzo por seguir adelante, con su casa como mochila y unas muletas que lo sostienen, para no desfallecer en el intento, se erige en aquel sitio emblemático de la ciudad, pórtico del primer exilio cubano que debió cruzar el Estrecho de la Florida en busca de una vida más digna, como recordación del cincuenta aniversario del éxodo de la Operación Pedro Pan.

Aquella, como ya sabemos, fue la gesta estremecedora donde los padres cubanos prefirieron desprenderse, eventualmente, de sus vástagos, en peligro de ser adoctrinados y transformados para siempre en pequeños robots al servicio de una doctrina. Aquellas familias aprendieron temprano, y de modo abrupto, que la libertad tenía un precio muy alto.

De tal modo, delante de la escultura de Martínez Celaya, tan estilizada y sugerente, volví a recordar, porque siempre ha ocupado un espacio definitivo en mi experiencia vital, el momento que mi hermano y yo nos desprendíamos de las manos y las caricias de mi madre y mi padre. De las promesas de volvernos a encontrar rápido y de la incertidumbre por no estar muy seguro de que así ocurriría.

El arte tiene el poder de convocar las más disímiles emociones. La Gioconda nos coloca ante un misterio, la Capilla Sixtina nos deslumbra, mientras La Jungla de Lam nos hace pensar que la cubanidad está, ciertamente, cifrada en ese misterio de volúmenes sensuales.



En la foto, el escultor Enrique Martínez Celaya y el Dr. Padrón. (Foto Cristian Lazzari MDC)

El niño de Martínez Celaya, camina sobre la hierba, en un hermoso parque acondicionado al efecto, no tiene pedestal, lo cual lo hace más cercano y se dirige con ímpetu a la Torre de la Libertad.

Parece saber que el sacrificio de sus padres no ha sido en vano y nosotros, los Pedro Pánes que estábamos presentes en el acto donde fue develado, le hemos confesado, en silencio, que el desgarramiento valió la pena, que hemos triunfado y contribuido al bienestar de otros que siguieron la ruta que trazamos.

Cuando ya no estemos los protagonistas de aquella saga inolvidable, La Torre de Nieve seguirá recordándole a las generaciones futuras de cubanos y de todos los que han arribado a esta orilla en busca de una vida más plena, que la primera condición para que algo así ocurra es la de defender la libertad al precio que sea necesario.